cemos lo que nos exiges, tus ecos dulcísimos resonarán en nuestros oídos, cuando el supremo Juez nos llame en el último dia de los tiempos: "venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino eterno."1

bajo el velo misterioso de los accidentes del pan, 1 San Mateo, XXV, 34. omenila ne estituevnoo sunq

oculta todo el resplandor de su Majestad divina

pnes, el amor el que nos conduzea á El, puesto que el amor es quien lo obliga á acorcarse á nosotros. Multipliquemos, enanto podamos, nuestros actos de amor; esa repetición le es agradable, y se complace en oirla. Tros veces dijo a Pedro same amas!"1 para darle ocasión do pronunciar tres actos

de amor; desdé la Eucaristía mil veces nos dirige la misma pregunta; dejemos responder á nuestro co-

denamento a un servicio de preparamos dignamento a un servicio es el compendio de todas las maravillas de poder y del amor rou-

" Heus charitas est. Dios es amor : hé ahí la grande verdad revelada en el Cristianismo, y revelada no con palabras sino con hechos de ese amor infinito y eterno, amundonos El primero. . . dejándonos en la Eucaristía el foco universal y per-

petno do su unior." de la companya d 1 Oh bienvenidal Si entendemos lo que signifieas, si nos regocijamos en lo que prometes, si ha-

2 Herbet, ya citado, Lib. IV, Cap. XIV, consid. 11.

4 P. de San Juan, IV, 10. 5 Aug. Nicolas. Felicidad de creer. Lib IV, cap. T.



## etroit ann' se REFLEXIÓN X reges son all'I protection, by que quien lo ha hallado, debe glo-

hombres. Es preciso buscarla en la palabra divina

## LAAMISTAD. recen ser puestos en balanza con la succeridad de

riarse de poseer un tesoro, porque nada hay com-

al about otherwar an en loi Vos amici mei estis. 101 118 Vosotros sois mis amigos. JOANN. XV, 14.

a Aun larrayon humand ilustrada por la ley na-

s feliz, dice la Divina Escritura, quien encuentra un amigo verdadero.1 El amigo se alegra con su amigo en la prosperidad; pero cuando no es verdadero, se hará enemigo en el tiempo de la aflicción. Conserva en el corazón, dice Dios, la memoria de tu amigo, y no le olvides en medio de tu riqueza. No tomes consejo del que te tiende lazos, y oculta tus designios á los que te miran con envidia.... Cuando pidas consejo, ten cuidado de tu alma.... Consérvate de continuo al lado de un hombre justo, que verdaderamente posea el temor de Dios, cuya alma sea conforme á la tuya, y tome parte en tu dolor cuando llegues á dar una caída.20 80000 al xov lat obroto

2 Idem, XXXVII, 2, 4, 9, 16.

Nada más dulce que la amistad, nada más necesario, pero en verdad, nada más raro. Cuando se busca la verdadera idea de la amistad, es imposible encontrarla en la enseñanza del mundo y de los hombres. Es preciso buscarla en la palabra divina. Ella nos asegura que el amigo fiel es "una fuerte protección; y que quien lo ha hallado, debe gloriarse de poseer un tesoro, porque nada hay comparable á un amigo fiel; y el oro y la plata no merecen ser puestos en balanza con la sinceridad de su fe, porque el amigo fiel es un remedio que da la vida y la inmortalidad, y los que temen al Señor encontrarán semejante amigo."

Aun la razón humana, ilustrada por la ley natural, reconoce que la verdadera amistad consiste en la intima unión de las almas, que son semejantes entre sí por la rectitud y las costumbres, bajo el firme vínculo de un amor recíproco. Es propensión tan vehemente como constante del corazón humano, establecer, confirmar y defender los agradables lazos de la amistad. Vive dentro de nosotros mismos un sentimiento profundo de benevolencia, hacia aquellos rasgos y caracteres de los demás hombres, que mayor semejanza guardan con nuestra índole, con nuestras inclinaciones, con nuestros deseos. Y el corazón busca siempre, y cree hallar atractivos, y se complace, y le parece gozar del amigo que anhela con tanto ardor; pero. . . . muy pronto tal vez la escena cambia, y la ilusión se desvanece. ¿Acaso por eso se extingue la llama del co-

razón. . . . ? Jamás. Cada dia es más robusta, y más inquieta, y más anhelante la convicción de que, para encontrar alivio en las penas de la vida, las aspiraciones, las ideas, y los sentimientos propios deben depositarse en un corazón amigo.

## siones of que se semete á prueba. Canado la denevelencia no toma su dIgen de la intimo del corazón el más deve quarivo la debilita dintrastoma

¿Qué impresión tan grata y consoladora se despierta en nuestro pecho, cuando pensamos en la verdadera amistad? Pero sin duda que jamás es tan profunda, como cuando oímos esa voz que nos dice: "vosotros sois mis amigos." Es la voz del Salvador, que para honrarnos y para manifestarnos todo su amor, nos distingue con el hermoso vínculo de su amistad. Amistad leal, franca, sincera, sobreabundante, divina, digna de toda nuestra estimación. Sí, el Salvador en la Eucaristía, es el mejor, el único verdadero, entre todos nuestros amigos. Veámoslo.

Son tres los principales caracteres que distinguen la amistad, y la rodean de amables encantos, y la constituyen como uno de los elementos más sólidos de felicidad en la vida presente: la benevolencia que nace del corazón, la comunicación fiel y sincera de los sentimientos mutuos, la perpetuidad en su duración. Nuestro Divino Salvador en la Eucaristía, nos manifiesta el amor que, hacia nosotros, arde en su corazón; nos da á conocer con verdadera fidelidad los designios que abriga por nuestro

bien; nos asegura que siempre nos tendrá en el número de sus amigos.

Las apariencias de benevolencia engañan; pero cuando en el corazón existe la verdadera caridad. es también verdadera y real la benevolencia. Es fácil experimentarlo así, en cualquiera de las ocasiones en que se somete á prueba. Cuando la benevolencia no toma su origen de lo íntimo del corazón, el más leve motivo la debilita, la trastorna y la destruye. Esto pasa sin cesar entre los hombres: pero ¿qué comparación puede haber entre la benevolencia de los hombres y la benevolencia de Dios? ¿Cómo suponer en Dios una benevolencia aparente hacia nosotros? ¡Ah! Si hay alguna verdad que nos llene de gozo, es la de que el amor que Dios nos tiene, está fundado en los arcanos incomprensibles de su mismo sér. ¡Y cuánto se manifiesta la realidad de esta benevolencia en la amable Eucaristía! ¡Cuán ardiente es el afecto de predilección y de cariño que nos demuestra en ese Misterio que es el fuego mismo del amor! ¿Se disminuye acaso con nuestra indiferencia? ¿Se muda con nuestro desprecio? ¿Se extingue con nuestro olvido? Diríase que nuestra ingratitud enciende cada vez más la llama que arde en el corazón de Jesucristo, para desear nuestro bien, para mostrarnos su bondad, para poner en nuestras manos los medios de ser felices.

No existe en el corazón humano un amor tan firme, que no se lastime con la inconstancia; porque si alguna vez llega á haber tal bondad en el alma que aparente no entender la frialdad, y aun los ultrajes de su amigo, es, sin embargo, un hecho cierto, que el corazón sufre, y que ese sufrimiento resfría la benevolencia. Nada de ésto sucede en el corazón de Jesucristo. Víctima de amor en la Eucaristía, unas veces complaciéndose en los corazones que le buscan, otras entristeciéndose con la ausencia de los que le abandonan, ama siempre, y ama con la firmeza propia de Dios. ¿Cuándo se ha visto que un amigo vaya á esperar personalmente al amigo que le despreció? Sólo Jesucristo, que ve más como desgracia nuestra, que como ofensa suya, los ultrajes que le hacemos en la Eucaristía, siempre busca y espera, siempre solicita y llama. A los insensatos que desprecian la dulce amistad de Jesús en la Eucaristía, habla la Sabiduría Eterna, cuando dice: "venid: comed el pan que os doy, y bebed el vino que os tengo preparado." Ese desprecio se convertirá en amor, y ese amor será la alegría de los que habitan con Jesucristo. 2 al ab antea M ntes

## y de su amor a los que, unides con El en la Eluc caristía, le dan testimo III de ser lujos fieles de la

ce en dar los testimonios más charos de su amistad

El Salvador es en nuestros altares el amigo verdadero, que comunica á las almas todos los secretos de su amor. Allá en los últimos dias de su vida mortal llegó á decir á sus discípulos, que les había dado á conocer todas las cosas que había oído de

IS Juan XV. 15

<sup>1</sup> Proverbios, IX, 4 y 5.

<sup>2</sup> Salm. LXXXVI, 7.

su Padre Celestial, pero sin duda que mayor fundamento existe en nosotros, para gloriarnos de que Jesucristo nos dirige estas palabras desde la Eucaristía. Porque los apóstoles no quedaron llenos de la ciencia del cielo, sino hasta la venida del Espíritu Consolador, en el gran dia de Pentecostés: hasta entonces recibió la Iglesia naciente el tesoro de las verdades que el mismo Amor Divino, en lenguas de fuego, vivo símbolo de la comunicación y de la caridad, difundió por el mundo. Y Jesucristo, Protector y Conservador de la Iglesia en la Eucaristía, es quien guarda en su corazón toda la verdad y todo el amor, que el Espíritu Santo trajo á la tierra. ¿Qué puede, pues, ignorar el alma que comunica con Jesús en la Eucaristía, si humilde y fiel desea conocer la verdad? No pudiendo ser tierno amigo de Jesucristo, sino el que sea hijo obediente de la Santa Iglesia, y no pudiendo tenerse la vida de la gracia, sino en el seno de esta Maestra de la verdad, el Salvador se complace en dar los testimonios más claros de su amistad y de su amor á los que, unidos con Él en la Eucaristía, le dan testimonio de ser hijos fieles de la Santa Iglesia. Aquí es donde especialmente percibimos que Jesucristo en la Santísima Eucaristía, es para sus amigos verdad, amor y vida; y aquí es también donde se descubre todo el enlace que tienen entre sí estas dos verdades: la Iglesia es la morada de los amigos de Dios; la Eucaristía es la prueba más grande que Dios nos da de su amistad.

2 Salm, LXXXVI, z.

1 S. Juan, XV, 15.

A la verdad que estos pensamientos derraman en el alma inefable consuelo, porque recuerda la felicidad que le ha cabido de conocer desde el principio de su vida, la luz de la verdad; y porque se gloría de pertenecer al número de aquellos, que, esforzándose hasta donde puede la miseria humana en cumplir los preceptos del Evangelio, pueden escuchar de Jesucristo las dulces palabras que inspiran tanto gozo y fortaleza al corazón: "vosotros sois mis amigos, si haceis lo que Yo os he mandado." ¡Qué grato es traer á la memoria el dia en que se conoció por primera vez, que Dios es el único bien digno de todo amor, y que en temerle y obedecerle, consiste el verdadero ser del hombre! Pero, sobre todo, ¡qué amables recuerdos afluyen al espíritu, cuando repasando la historia de la vida, vuelven á verse todos aquellos momentos, en que, desde la edad más temprana, se buscó en el Dios de la Eucaristía, la luz en las dudas, el refugio en los peligros, el consuelo en la tribulación! ¡Cómo se llena entonces el alma de santo orgullo, con qué alegría se levantan al cielo las manos agradecidas, al reconocer que la vida que se respira nace de la verdad y del amor! ¡Con qué tristeza se vuelve una mirada de compasión, hacia esos corazones, que, lejos de la Santa Iglesia, no disfrutan de la amistad de Jesucristo en la Eucaristía!

ra conversaciones depravadas que corrompen sus

buenas costumbres; 8 encuentra á los impios, que

I Proverb, XXIX, 2 etdem VIII, 17.

1 Eclesiastés XII, 13,

S If A los Corint. XV, 33.

A la verdad que estos pensamientos derraman

en el alun inefable consuelo, porque recuerda la felicidad que le ha cabido de conocer desde el prin-

Después de haber considerado en este augusto Misterio los dos primeros caracteres de la amistad, que nos dispensa el Salvador, sí: su profunda benevolencia y su plena comunicación con nosotros, nada puede ser más interesante, ni más útil, ni más vivamente consolador, que extender cuanto podamos nuestras reflexiones, para persuadirnos de que el amantísimo Jesús cumplirá en nosotros su promesa de amarnos siempre, y de contarnos entre sus amigos. Nos pide, observémoslo bien, una sola condición: la obediencia. Si feceritis quae ego praecipio vobis. Porque la obediencia lleva consigo la humildad y el amor, y la Sabiduría Divina se complace en exaltar á los humildes, 1 y en amar á los que la aman.2

Abiertas están á nuestros ojos las puertas de la gracia y de la amistad de Dios, y sin embargo, parece que no queremos entrar por ellas, sino después de haber ido á recoger, acaso con gran detrimento, las duras lecciones del desengaño. Va el alma á buscar en medio de la infidelidad y de la corrupción del mundo, los atractivos de una amistad sincera, ¿y qué encuentra? ¡Oh desgracia! Encuentra conversaciones depravadas que corrompen sus buenas costumbres; 3 encuentra á los impíos, que

1 Proverb. XXIX, 23.

2 Idem VIII, 17.

3 1ª & los Corint. XV, 33.

le refieren cosas contrarias á la Ley Divina; 1 encuentra á los pecadores, que la han estado esperando para perderla. 2 Su ruina es segura, porque necesariamente se pervertirá el corazón que ama la compañía de los perversos. 3 Sólo podrá salvar del peligro de caer en los lazos de la amistad mundana, recordando la Ley Divina y huyendo de la sociedad de los malvados: "en mi corazón, joh Señor! decía David, he guardado tus palabras, para no ofenderte: 4 y vosotros, joh pecadores! alejaos de mí para que pueda detenerme á investigar los mandatos de mi Dios." 5 ¡Con qué agitación y susto viene á la Eucaristía, buscando inspiración y verdad, el corazón que ha comprendido las emponzoñadas caricias de una falsa amistad! Es entonces cuando penetrándose de la firmeza con que le ama Jesús, halla en Él, y sólo en Él, un deseo verdadero y ardiente de hacerle feliz. Tesoro de amistad verdadera, la Divina Eucaristía calma y tranquiliza esas negras inquietudes en que el alma, cansada de la iniquidad y de la injusticia de los hombres, no sabe hallar quien le inspire confianza.

En ese dulce desahogo del alma á los pies de su Salvador, es donde comprende la exactitud con que el Rey Profeta describe la perversidad de la mentira y de la audacia humana, y donde también une sus palabras al inspirado ruego que dirige á

Cuánto cuesta alcanzar esta última convicción!

<sup>1</sup> Salm. CXVIII, 85. 2 Idem idem, 95.

<sup>3</sup> Idem XVII, 27.20b sometimbs con oroming triving

<sup>4</sup> Idem CXVIII, 11.

<sup>5</sup> Idem idem, 115.